

de Baccarat y retortas de laboratorio, aparatos de fotografía y linternas mágicas. El revoltijo de semejante mueblaje es un reflejo de la cabeza enciclopédica, aunque algo confusa, de su real propietario.

IV.

El segundo rey.—Gerarquía y corrupción de los grandes.—Mujeres y amazonas del rey.

Como si no fuese bastante para un desgraciado país tener que mantener y soportar un rey, una



Pórtico de la sala de audiencia del palacio real de Siam.—De fotografía.

sin duda la facultad de tomar del tesoro real cuanto necesita, pero su demanda tiene que llevar el visto bueno del primer rey, que se guarda muy bien de negárselo. Se ha pretendido que este *alter ego* del monarca mandaba ordinariamente los ejércitos siameses, pero semejante aseveración es errónea, pues en las últimas guerras contra los laocianos y los anamitas, los guerreros de Siam tuvieron primero por jefe á un hermano menor del rey, revestido de las funciones de *Krom-luang*, y despues á un general indígena, cuyo nombre me es desconocido. El

córte y un serrallo real con innumerables vástagos, los siameses poseen dobles todas estas instituciones. Detrás del primer rey hay otro segundo, el cual tiene también su palacio, sus mandarines y su ejército. Se le tributan los honores soberanos, y no tiene sin embargo mas que un cargo puramente honorífico. No es mas que el primer súbdito del verdadero rey de Siam. La única prerogativa real á que le da derecho su alta posición se reduce á estar sentado en una poltrona, en lugar de acurrucarse delante de su colega, del cual es como la sombra. Tiene

mismo error ha dado origen en Francia al rumor general de que en Siam hay dos reyes, uno para la paz y otro para la guerra. El derecho de hacer la guerra y firmar la paz es exclusivo del primer rey. Los dos colegas coronados son en la actualidad hermanos consanguíneos, pero la maledicencia pretende que su posición difícil ha entibiado considerablemente en uno y otro el cariño fraternal. En efecto, el segundo rey no visita al primero sino en las ocasiones en que no puede hacer otra cosa; y como es el presunto heredero del trono, no se toma tal vez por

la salud de su hermano el interés que reclaman los vínculos de la sangre. No sé del segundo rey sino que es no menos instruido que su hermano, que habla admirablemente el inglés y el francés, que ama



Tipos de Siam.—Mujeres de Bangkok.—De fotografía.

á la Europa y su civilización, que posee mucho mas espíritu de organización y las facultades administrativas, y que, teniendo perfectamente la conciencia que su hermano el sentido práctico de las cosas, el

de su superioridad en este punto, lamenta como el que mas la mala direccion de los negocios. En definitiva, cultivando las artes y las letras, gustándole los caballos y criándolos muy hermosos, tiene los placeres y la existencia de un grande y rico señor europeo.

Entre los dos reyes y el pueblo se escalonan doce órdenes diferentes de príncipes, ni mas ni menos, varias clases de ministros, cinco ó seis de mandarines, y para las cuarenta y una provincias del reino, una serie infinita de gobernadores y sub-gobernadores, cuya incapacidad y rapiñas esceden á cuanto pueda imaginarse en este género, y quieren al parecer justificar al misionero Bruguieri, el cual pretende que la palabra siamesa *savenical*, que nosotros traducimos por la de gobernar, significa literalmente *decorar al pueblo*. Los funcionarios están pagados de una manera insuficiente y no vigilados, y fácil es por tanto sacar la consecuencia; son todos concusionarios, y el rey lo sabe y cierra los ojos, ya sea porque le parezca demasiado crecido el número de los que deberian ser castigados, ya porque semejantes trivialidades no merezcan la pena de absorber uno solo de sus instantes. Las provincias son para los gobernadores vacas de leche muñidas por ellos hasta dejarlas completamente estenuadas. La plebe en Siam se divide en esclavos, vasallos sujetos á servicios corporales y gente que paga la contribucion. Lo que importa es que ésta entre en las arcas reales. Los mandarines pueden cobrarla y la cobran triplicada. Si tienen necesidad de levantarse una casa, nada les cuesta la mano de obra, pues obligan al pueblo á construirla, y tienen en la mano el junco para hacer andar listos á los trabajadores. Las provincias y la capital suministrarán los materiales, y á ellos contribuirá tambien la casa del vecino, que en caso necesario será demolida con la mayor facilidad del mundo. ¿Se le antoja á un mandarin vuestra hija para adornar su haren, ó vuestro hijo para embeberlo en la compañía de sus cómicos? Os lo participará, y todo buen siamés sabe que la obediencia es la primera de las virtudes.

Respecto de los caprichos que se levantan como miasmas de las profundidades en que cohabitan la esclavitud y la arbitrariedad absoluta, se me ha contado que el mismo Phra-Somdetch, un rey tan pío, habiendo sabido años atrás que el rey de Cambodge, su vasallo, tenia una hija de incomparable hermosura, se la pidió, y al saber su negativa, se quedó en rehenes con sus hijos que por casualidad se hallaban en Bangkok. Y no obstante el rey de Siam tiene nada menos que seiscientas mujeres. ¿Por qué necesitaba seiscientas una? Verdad es que entre tantas una sola tiene derecho al título de reina. Acerca del particular, nada podemos hacer mejor que recurrir

de nuevo á monseñor. Pallegoix, pues no hay mejor autoridad que la suya.

«...No es costumbre que el rey pida para reina una princesa de una nacion extranjera. Suele escoger una princesa del reino que, lo mas generalmente, es su pariente próxima, ó bien una princesa de los Estados que le son tributarios. El palacio de la reina está contiguo al del rey, y consiste en varios grandes edificios elegantes y bien adornados. Este palacio tiene una gobernadora, mujer ya entrada en años, y que posee la confianza del rey. Está encargada de todo lo concerniente á la casa de la reina; en medio de un centenar de damas que están bajo sus órdenes, ejerce una vigilancia exacta sobre la reina y sobre las concubinas del rey, que son princesas de diversas naciones ó hijas de grandes mandarines que sus padres han ofrecido al príncipe. Tambien tiene á sus órdenes unas dos mil mujeres ó mozas de retrete empleadas en el servicio de palacio. La gobernadora de la casa de la reina está además encargada de velar sobre las hijas del rey y sobre todas las princesas, que están como en clausura y no pueden nunca casarse. Toda esta compañía de mujeres pasa su vida en el triple recinto de los muros donde están encerradas, y no pueden salir sino muy rara vez para ir á hacer algunas compras ó para llevar ofrendas á las pagodas. Todas, desde la reina hasta las porteras, reciben su sueldo del rey, que las mantiene además, con mucho lujo y generosidad. Se dice que en el tercer recinto hay un jardin delicioso y muy curioso; es un gran cercado que contiene en miniatura todo lo que se encuentra en grande en el mundo. Allí hay montañas facticias, bosques, rios, un lago con islotes y rocas, buques en pequeño, barcas, un bazar ó mercado, cuidado por mujeres del palacio, pagodas, pabellones, belvederes, estatuas, y sobre todo árboles de flores y de frutos procedentes de países extranjeros. Durante la noche, aquel jardin está iluminado por linternas y arañas; entonces es cuando las damas del serrallo toman su baño, y se entregan á toda clase de diversiones para consolarse de su secuestro.

Habiendo llegado recientemente retratos fotográficos de algunos habitantes de aquel gineceo, estamos obligados á declarar que se han ejecutado en presencia del rey y algunos por el rey mismo, porque S. M., que no debe ignorar nada, pretende que el arte de Niepce y Daguerre no tiene secretos para él. En cuanto á las centinelas que velan lo mas frecuentemente alrededor del palacio, pertenecen al batallon de amazonas, que, á ejemplo de sus colegas, el nizam de Hyderabad y el rey de Dahomey, Phra-Somdetch-Mongkut, ha reclutado entre las mas bellas hijas de su pueblo. Las *mujeres-hombres*, como aquí se las llama, forman incontestablemente

blemente el cuerpo militar de mejor continente del ejército siamés; pero al verlas evolucionar fieramente, con su trage escocés, su saya de tartan, el sable al lado, la pistola en el cinto, arco y carcax colgados de la espalda, se las tomaria seguramente por funámbulos escapados del cuerpo de baile de la *Academia imperial de música*.

V.

Juegos y espectáculos.

Como todas las poblaciones serviles, la de Siam dedica una buena parte de su existencia á los juegos y á las diversiones. El juego es, bajo todos aspectos, inmediatamente despues del pan cotidiano, del cual no se acuerdan sino cuando tienen hambre, su ocupacion dominante. Necesita entretenimientos y juguetes para todas las horas y para todas las edades. Para los niños, desde que amanece hasta que anochece, la rayuela, el tejo, el escondite; el salto, el marro, la gallina ciega, el peon y otras muchas invenciones que nuestros chicos creen esclusivas de Europa. Para los hombres hechos, el chaquete, el ajedrez, los dados, las cartas chinas y hasta el volante, reservado entre nosotros á la infancia. El jugador pondrá en estas combinaciones de la destreza ó del azar un afán tan apasionado que aventurará en una apuesta toda su fortuna, y cuando todo lo haya perdido, jugará hasta su langoit, sus pobres calzones, único velo que cubre su desnudez.

La pasion de los siameses por las riñas de gallos es todavía mas fuerte; así es que, á pesar de los bandos del rey y la multa decretada contra los delincuentes, estos espectáculos se renuevan diariamente. Desde que se anuncia una riña de este género, la multitud corre á tomar parte en las apuestas con tanta ansia que resultan siempre disputas y riñas entre los espectadores, de suerte que la lucha, que ha empezado por picotazos y plumas arrancadas, concluye por puñetazos y ojos vaciados.

El gobierno, que busca el modo de impedir las riñas de gallos á los padres, permite á los niños los combates de hormigones, de grillos, de saltamontes, y tambien de dos especies de pececillos camorristas y rabiosos, que se atacan encarnizadamente con gran placer de la chiquillería. En esto, como en otras muchas cosas, el gobierno parece poco lógico; pero, ¿qué quereis? Cede á esta consideracion suprema: ¡es preciso que el pueblo se divierta! Los combates de búfalos y de elefantes son muy deseados, pero cuentan un sentido; así es que no se le pueden ofrecer sino muy rara vez, lo mismo que las grandes regatas y las justas sobre el agua. Afortunadamente, para llenar los entre actos de estas representaciones teatrales,

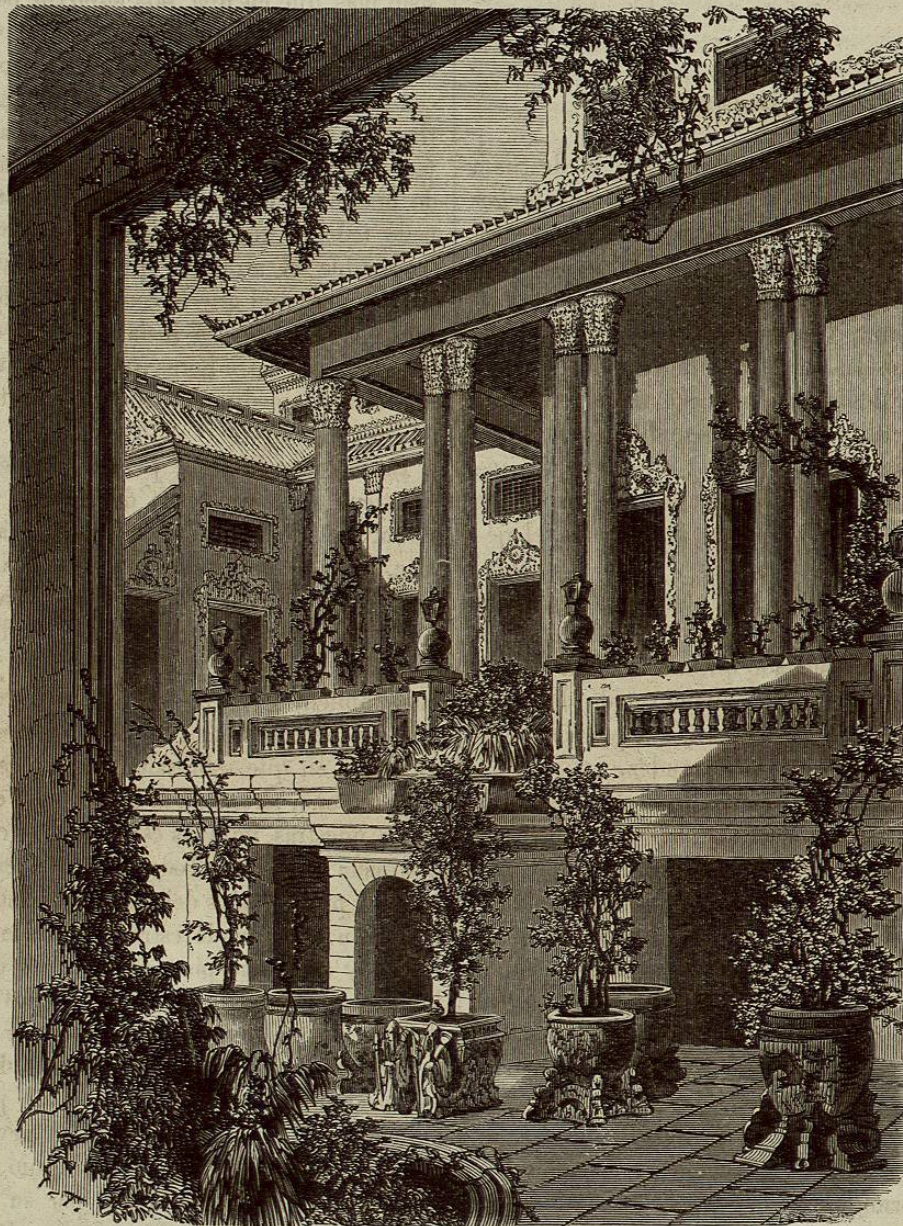
se puede contar con los grandes funerales que tienen siempre por intermedios obligados la lucha, el pugilato, los bailes en la cuerda, los fuegos artificiales, los títeres, las sombras chinescas y la comedia al aire libre.

Esta última diversion es la que mas gusta al buen pueblo siamés. El teatro sin embargo no consiste mas que en una sala cubierta por todos lados, en una especie de tablado en que actores y actrices, con todo el cuerpo embadurnado de polvos blancos, con largos sombreros puntiagudos, largas orejas postizas, vestidos de polichinelas y con adornos de oropel, cantan y gritan, uno tras otro ó á coro, contando historias fabulosas y sucesos fantásticos, acompañado todo de una estravagante pantomima. Es tan irresistible el atractivo que tiene este espectáculo para la multitud que lo contempla y lo oye, que no separa de él un solo instante su atencion durante las veinte y cuatro horas que forman la duracion por un término medio de una representacion de este género.

En Siam cada gran personaje posee un teatro y mantiene una compañía de actores. S. M., como es natural, tiene los suyos, de los cuales puedo hablar, pues tuve el honor de ser convidado á un *espectáculo en la corte*. El teatro se halla en un patio contiguo á la sala de audiencia. La decoracion está formada por cortinajes de seda roja y blanca, enmaderamientos de ensambladura esculpidos y un número infinito de esos calados, picados y recortados de carton en que sobresalen los siameses. Una espaciosa tribuna, situada á la derecha del escenario, que atraia nuestras miradas con sus ricos colores, estaba destinada á S. M. Todos los grandes mandarines estaban prosternados debajo de las gradas que á ella conducen. Un grande estrado, situado delante de la escena y al mismo piso, estaba lleno de sillas y sillones para los europeos. Habiéndonos el rey precedido en algunos minutos, tuvimos que ir á saludarle y presentarle nuestros respetos antes de disfrutar de los encantos de la representacion tan pomposamente anunciada. Una música atronadora sirvió de sinfonía á la pieza. La orquesta se distinguió menos por la variedad de su repertorio que por su ruido espantoso y falta completa de armonía. Durante cinco horas largas se nos hizo oír la misma frase musical, con gran satisfaccion del rey y de sus cortesanos. Yo estoy creyendo que toda la ciencia musical de Siam se limita á esta terrible tocata, porque las otras representaciones, á las cuales he estado obligado á asistir, me han hecho oír siempre estas notas únicas y discordantes. En fin, la pieza empezó; una multitud de actores y de actrices se lanzaron á la escena vestidos con trages los mas raros que imaginarse pueden. Las sederias bordadas de oro con que se cu-

brian, los casquetes cómicos adornados de piedras falsas y de abalorios que llevaban con altanería en la cabeza, ofrecían un golpe de vista curioso y que pasmaba. En cuanto al argumento, no se puede imaginar una cosa más sencilla; consiste casi única-

mente en una pantomima, original sin duda, pero de bastante poca gracia, y un coro chillón colocado á poca distancia de los actores. Lo que se representó, yo no lo puedo decir; todo lo que yo comprendí fue una caza de ciervo de las más pueriles. Un actor



Palacio del rey de Siam.—Pabellon de recreo.—De fotografía.

con una cabeza de ciervo se lanza á la escena; le persiguen durante algunos segundos, le alcanzan, le matan, se lo llevan, lo cuecen y se lo comen en la escena; todo esto en menos tiempo del que se necesita para escribirlo. La desventura de este Acteon siamés no es sin embargo la última catástrofe del drama; la representación había ya durado unas seis

horas, cuando, aprovechando la partida de S. M. que se había ido sin despedirse, yo me retiré no menos discretamente, y perfectamente instruido sobre el arte dramático siamés.

Preciso es confesar que no desplegan un arte verdadero sino al poner en escena el acto que cierra el paso del hombre sobre la tierra, es decir los fune-

rales. Este es un ceremonial que dura al menos tres días para el mandarin ó vecino un poco rico, tres días llenos de fuegos artificiales, de sermones de los talapinos, de comedias nocturnas, de fuegos variados y sobre todo de festines.

Cuando se trata del cadáver de una persona que

haya ceñido corona, entonces es otra cosa bien distinta... *los infimos, los esclavos, los viles, los animales* de S. M. (traducciones siamesas de *fieles súbditos*) pueden contar entonces con seis meses de espectáculo y siete grandes días de regocijo y francachela.



Mujeres del rey de Siam en traje de casa.—De fotografía.

VI.

Río arriba del Menam.—Márgenes, ribereños y embarcaciones.—Ajuthia antigua y moderna.—Un fragmento de historia por una pluma real.

Habiendo casi terminado en Bangkok mis observaciones y mis visitas, hice de prisa y corriendo mis preparativos de viaje. Compré un barquichuelo que pudiese contener todos mis avíos, un estrecho espacio cubierto por mi persona, y otro para los bipedos ó cuadrúpedos que constituían toda mi familia adoptiva: dos remeros, un mono, un papagayo y un perro. Uno de mis criados era cambodgiano, y el otro anamita, cristianos los dos y que sabían

un poco de latín (1) y de inglés, lo que, unido al poco siamés que yo había podido aprender, debía bastarme para hacerme comprender generalmente.

El 19 de octubre salí de Bangkok y remonté el Menam en mi barca con mis dos remeros, de los cuales había uno que era al mismo tiempo mi *cook* ó cocinero. En aquella estación la corriente es siempre muy fuerte, y así es que tardamos cinco días en recorrer unas 70 millas. Los mosquitos nos hacían pasar muy malas noches, y hasta durante el día tenía que estar incesantemente cazando á abanicazos aquellos terribles vampirillos. Como la cam-

(1) Gracias al ritual de las misiones, el latín es tenido en mucha estima entre los indígenas cristianos.